

I

ALGUNAS ACLARACIONES SOBRE LOS ORÍGENES
DE LA POESÍA DE GAVROCHE
INFLUENCIA DE UN ACADÉMICO EN ESTA POESÍA

En el momento en que la insurrección, saliendo del choque del pueblo y de la tropa en frente del Arsenal, produjo un movimiento de retroceso en la multitud que seguía el carro fúnebre, y en que toda la longitud de los boulevares pesaba, por decirlo así, sobre la cabeza del convoy, hubo un terrible reflujó. La columna se deshizo, las filas se rompieron, todos echaron á correr, partieron, huyeron, unos dando los gritos del ataque, otros con la palidez de la fuga. El gran gentío que cubría los boulevares se dividió en un abrir y cerrar de ojos, se desbordó á derecha é izquierda y se derramó en torrentes por doscientas calles á un tiempo, con la impetuosidad de una esclusa abierta.

En aquel momento, un muchacho haraposo que bajaba por la calle Menilmontant, llevando en la mano una rama de ébano en flor, que acababa de coger en las alturas de Belleville, descubrió en el escaparate de una prendería una vieja pistola de arzón. Tiró su florida rama al suelo y dijo:

—Señora Fulana, os compro esa máquina.

Y echó á correr con la pistola.

Dos minutos después, una ola de paisanos asustados que huía por la calle Amelot y por la calle Basse, encontró al muchacho que blandía su pistola y cantaba:

Nada se ve de noche
Y se anda á troche moche:
De día se ve claro
Y el tropezar es raro.

Era Gavroche que iba á la guerra.

En el boulevard descubrió que la pistola no tenía perrillo.

¿De quién eran esos versos pareados que le servían para marcar el paso y todas las demás canciones que cantaba cuando era ocasión? Lo ignoramos. ¡Quién sabe si serían suyas!

Gavroche, por otra parte, estaba al corriente de todos los cantares populares y mezclaba con ellos su murmullo. Duende y galopín, hacía un pot-pourri de las voces de la naturaleza y de las voces de París. Combinaba el repertorio de los pájaros con el repertorio de los talleres; conocía á los aprendices, tribu contigua á la suya, y había sido, á lo que parece, aprendiz de impresor tres meses: había hecho un día una comisión para el señor Baour-Lormian, de la Academia. Gavroche era un pilluelo literato.

Por lo demás, no sospechaba que en aquella mala noche lluviosa, en que había ofrecido hospitalidad en su elefante á los dos niños, había representado el papel de la Providencia con sus dos hermanos. La noche había sido, primero para sus hermanos, y la madrugada para su padre. Al dejar la calle de Ballets al amanecer, había vuelto apresuradamente al elefante, había sacado artísticamente a los dos niños, había partido con ellos un almuerzo cualquiera que

había inventado, y después se había ido confiándolos á la calle, á esa buena madre, que casi le había criado á él. Al separarse de ellos les había dado una cita para la noche en el mismo sitio, y se había despedido con este discurso:—«Rompo una caña, ó de otro modo, me escurro, ó como se dice en la corte, desfilo. Pipiolos, si no encontráis al papá y á la mamá, volved aquí á la noche. Os daré de cenar y os acostaré.»

Los dos niños, recogidos por algún agente de policía y llevados al depósito, ó robados por algún saltimbanquis, ó perdidos simplemente en el inmenso laberinto de calles de París, no volvieron. El bajo fondo del mundo social en la actualidad abunda en estas huellas perdidas. Gavroche no había vuelto á verlos. Habíanse pasado ya diez ú once semanas desde aquella noche, y más de una vez se había acordado de aquellos pobres niños, y rascándose la cabeza había dicho:—¿Dónde diablos estarán esos chicos?

A todo esto había llegado con su pistola en la mano á la calle de Pont-aux-Choux. Observó que no había en toda la calle más que una tienda abierta; y, cosa digna de reflexión, una tienda de bollos. Era, pues, una ocasión providencial de comer un pastelillo de manzanas antes de entrar en lo desconocido.

Gavroche se detuvo, se tentó los costados, registró los bolsillos, los volvió, no encontró nada, ni siquiera un sueldo, y empezó á gritar:—¡Socorro!

Es muy duro eso de carecer del bocado supremo.

Gavroche no por esto se detuvo en su camino.

Dos minutos después estaba en la calle de San Luis. Al atravesar la del Parque Real, sintió la necesidad de desquitarse del pastelillo de manzanas imposible, y gozó el inmenso placer de romper en pleno día los carteles de los espectáculos.

Un poco más allá, viendo pasar un grupo de personas bien puestas que le parecieron propietarios, alzó los ojos y escupió esta bocanada de bilis filosófica:

—¡Esos rentistas qué gordos están! ¡Cómo gozan con las buenas comidas! ¡Preguntadles qué hacen de su dinero! No lo saben. ¡Se lo comen! ¡Y qué! ¡Todo se lo lleva el vientre!

II

GAVROCHE EN MARCHA

La agitación producida por una pistola sin perillito que se lleva en la mano á medio día, es una función pública tal, que Gavroche sentía crecer su verbosidad á cada paso. Iba gritando entre algunos trozos de la Marsellesa que cantaba:

—Todo va bien. Me duele mucho la pierna izquierda; me he curado el reuma; estoy contento, ciudadanos. Los paisanos no tienen que hacer; voy á echarles unos versos subversivos. Vengo del boulevard, amigos míos, y se va calentando la cosa, ya cuece un poco, ya hierve. Ya es tiempo de espumar el puchero. ¡Adelante los hombres! ¡Que la sangre impura inunde los surcos! Yo doy mi vida por la patria y ya no volveré á ver á mi concubina, no, no, todo acabó: me es igual. ¡Viva la alegría! Luchemos. ¡Caramba! Estoy ya cansado de despotismo.

En aquel momento, el caballo de un guardia nacional de lanceros que pasaba á su lado cayó al suelo. Gavroche puso su pistola en tierra, levantó al hombre y después ayudó á levantar al caballo. En seguida cogió la pistola y continuó su camino.

En la calle de Thorigny todo era paz y silencio. Esta apatía, propia de las Huertas, formaba contras-